

EL HOMBRE QUE NUNCA ESTUVO ALLÍ (A PROPÓSITO DE UN RELATO DE BORGES)

Jesús González Fisac

1. El relato de Borges “El Etnógrafo”¹ no tiene tema. A poco que se considere, tanto si se cree reconocer una reflexión sobre la etnografía como si, algo más atentos, el tema se revela discretamente como la experiencia de alguien, llamado etnógrafo, decir que este relato tiene un tema es ya, seguramente, decir demasiado. Pensemos que *el* relato, el texto escrito en cuanto tal, es, en sí mismo, *excesivo*. Donde no se trata del algo en particular, sino que pone en escena *el exceso mismo*, pensado aquí como *la sobredeterminación propia de toda escritura*. El exceso que podríamos llamar, y entraríamos así en el núcleo mismo del problema de toda etnografía, ‘el autor’. En verdad, en el relato asistimos a la borradura del autor y, con ello, a la desaparición de ese exceso de la escritura; donde, y ésta sería la ironía esencial del relato de Borges (que también, veremos, desaparece igualmente de su propia escritura), una tal desaparición tiene lugar a cuenta, precisamente, de la técnica del informe, que, en efecto, constituye el texto etnográfico por excelencia, es decir, el texto que quiere revelar una presencia, siquiera ocasional, del autor, como su “estar allí” (según la expresión que, desde Malinowski, se ha convertido en un lugar común en la Etnografía académica). Pero, ¿el de quién?. Vayamos por partes.

Convengamos en reconocer en el texto dos líneas de fuga. Por una parte, según hemos dicho, se asiste a la desaparición, a la borradura del autor, entendido, para empezar, como aquel que hace y que *sostiene la acción*, el “protagonista”. Por otra, está la de la escritura, que es donde el *autor*, y no el protagonista, se hace presente todavía más y, con ello, todavía más velada esta borradura, pues no desaparece con el texto sino que se reafirma en él.

2. Pensemos que si el autor es, si *mínimamente* es, la borradura se llevará a efecto haciendo desaparecer de quien sostiene la acción todo lo que permita reconocerle *como agente*; haciendo

¹ “El Etnógrafo”, en *Elogio de la sombra* (1969), en *Obras Completas II*, Buenos Aires, Emecé, 1989, pp. 367-368.

desaparecer *el quien*. Con ello, si en verdad se consigue, habremos hecho desaparecer el sujeto de dicha acción, aunque, como vamos a ver, en modo alguno la acción, que es lo único que queda en pie. Borges lleva adelante esto de la siguiente manera.

Lo primero, *si es que se quiere reducir la acción*, es borrar el protagonista (algo así como una reducción fenomenológica es lo que hace Borges, en este como en tantos otros relatos). Esto se lleva a cabo en dos trazos. En punto al lugar (a), privándole de toda referencia a una posición determinada, y en punto a su propia condición (b), privándole de cualquier nota que lo distinga. Podría decirse que la borradura del protagonista es, en general, la borradura del sujeto, esto es, la borradura de su (toda) sustancia.

(a) “El caso me lo refirieron en Texas, pero había acontecido en otro lugar”. Lo primero *debe borrarse de todo lugar, o habría que decir mejor toda posición*, que pueda relacionarse con la acción misma y que, al hacerlo, pueda apartarla de sí misma. Esto no significa que no importe el lugar; lo que importa precisamente es que el lugar sea justamente “otro”, para lo cual es relevante que no sepamos cuál sea, es decir, que no podamos identificarlo. Para que la acción se desvincule del protagonista debe borrarse toda concreción, que a la postre podría explicarla (y lo mismo podría decirse de la cronología, que en el relato de Borges queda igualmente indeterminada, en un modo que veremos más abajo). Desde el punto de vista de la acción que se quiere recabar (Borges habla de un “caso”; esto tendrá su importancia), la instancia debe ser algo supérfluo. Para que el sujeto desaparezca debe desaparecer igualmente toda determinación, empezando por la del lugar. “El Etnógrafo” es, vamos a decirlo así, es una *historia pura*, una historia en la que sólo se quiere referir la acción misma, borrando en la medida de lo posible todo lo que pueda sustancializarla, para empezar el espacio. Y que, además —luego volveremos sobre esto—, también es *el relato de un acontecimiento puro*, el relato de algo que no consiste nada más que en el solo acontecer (ver más abajo 0.6).

(b) El texto señala que el protagonista es “un solo protagonista”, pero también que, como se trata de una “historia”, es decir, *como su ámbito en verdad es la literatura*, este protagonista es alguien que podría ser todos, “miles, visibles e invisibles, vivos y muertos”. Es alguien *sin entidad*.² Por lo mismo, abundando en esta borradura ontológica, el protagonista es alguien que no tiene “Nada singular”, ni en su aspecto³ ni en su expresión. No tiene nada que lo distinga, es alguien que carece de figura (aunque no de nombre, en todo caso incierto), ni siquiera ficticia (“esa

² Después, cuando pasemos a la segunda línea de fuga, la de la escritura, veremos que la entidad a la que se refiere Borges es la propia de la *literatura*. Una entidad paradójica porque, como se sugiere aquí, está al margen de las oposiciones binarias que constituyen toda taxonomía, que es lo mismo que decir, las oposiciones que constituyen toda identidad: uno/muchos, visible/invisible y vivo/muerto (probablemente, los criterios fundamentales de *todo orden que se quiera meta-físico*; en este asunto, el de lo metafísico en Borges, no podemos detenernos). Porque el protagonista está al margen, más acá diríamos, del principio de toda diferencia, que es la contradicción, y que es el sostén mínimo de cualquier id-entidad. Pues, ¿qué puede ‘ser’ alguien si decimos de él que es uno y no-uno, visible y no-visible, vivo y no-vivo?

³ Las notas con las que se nos presenta Murdock (donde decir ya “Murdock” es decir probablemente demasiado, según queremos mostrar) constituyen una *descripción* muy particular pues, en verdad, toda ella, no es nada más que un *pleonismo*, una suerte de reiteración o redundancia de lo mismo y, con ello, más bien poco de descripción, pues no se realza nada: es “alto a la manera americana”, el color de su pelo no es “ni rubio ni moreno”, y su perfil, “de hacha”, que es lo mismo que decir que su altura, color y perfil no son nada más que *la* altura, color y perfil *que tiene*, que es lo mismo que decir: nada.

fingida singularidad que es propia de los jóvenes”). Si se prefiere, es *un ser inefable*. (Tampoco cuando, al final del relato, parezca quedar finalmente designado con su trabajo de bibliotecario, se podrá decir mucho más que es “uno de los bibliotecarios”).

Tampoco, y este sería un giro más en este borrado, el protagonista puede reconocerse interiormente. El protagonista es alguien que “no sabe aún quién es”; alguien, digámoslo así, *carente de identidad*. Es algo propio de los relatos de Borges que lo que sucede no tenga nunca un sujeto reconocible y que eso, el ‘quién’, termine difuminado (en este como en otros casos, como un mero efecto de la escritura, una suerte de epifenómeno). El azar, que es uno de los recursos posibles, logra precisamente ese efecto. Aquí, el protagonista se entrega a lo que le propone el azar, nada definido, que puede ser lo mismo o lo distinto y aún lo contradictorio, según se expresa él mismo al final del relato (como hemos dicho, la subversión de la identidad sólo es posible por la subversión de la contradicción). El azar que contiene “la mística del persa o el desconocido origen del húngaro, las aventuras de la guerra o el álgebra, el puritanismo o la orgía”. En cualquier caso, pues de otro modo no se podría entender esta particular lista, una serie de cosas igualmente desprevénidas, si puede decirse así; cosas que, en sí mismas, son inciertas, bien por desconocidas, como el misterio o el origen de una lengua, bien por aleatorias, como son las aventuras o el álgebra misma, bien por extremas, como el puritanismo y la orgía (experiencias *absolutamente* definidas y, por eso mismo, en cierto modo carentes de figura, en cualquier caso excesivas, bien por el lado del rigor bien por el lado de la desmesura).

3. Esta borradura resuena igualmente en el modo en que llegó al estudio que finalmente emprendió, por otros que “le aconsejaron”, lo mismo que la “tesis”, que le ha sido propuesta por “su profesor”, aunque esto no sea lo más relevante. Lo que importa ante todo es que, alguien que carece de sí mismo, va a dedicarse a estudiar *los otros*. Pensemos que no se trata tanto de develar cierto misterio, en la medida en que esté guardado, sino más bien de develarse él mismo, que carece de identidad, al habérselas con otros que sí tienen identidad. Por eso lo que estudia, no podía ser de otro modo, son las “lenguas indígenas”. Dejando por el momento aparte la cuestión del lenguaje (que pertenecerá al problema de la escritura), lo relevante es que su estudio es, precisamente, eso que no es ajeno y distante. No lo más ajeno o distante, sino, podríamos decirlo así, lo ajeno y distante sin más. Porque indígena significa lo que es “de allí”, *indi-*, el “nacido” en otro lugar; de hecho, *génos* se refiere a lo que es oriundo en el sentido de surgido de y vinculado a un origen, un punto o lugar que hace las veces de centro. El indígena es aquel que se reconoce como de origen extraño pero, precisamente, cuando somos nosotros los que nos enfrentamos a ese su origen, es decir, cuando somos nosotros mismos los que nos extrañamos ante ese origen y lo reconocemos *como no-propio*, pero, y esto es lo fundamental, al fin y al cabo *como origen* y al que nosotros igualmente contraponemos el nuestro. Murdock se reconoce como parte de *una stirpe*, a la que, entre otras cosas, pertenece la lengua, esto es, la lengua que es propia (de “sus padres” refiere el texto), esto es, la lengua que es *un “idioma”*. Desde aquí la lengua funciona, lo mismo que la stirpe, no para determinarlo de alguna manera, sino sólo para marcarlo en oposición a lo diferente (y, así, el “idioma” es, justamente, la lengua propia en el sentido de la lengua *privada*, en fin, la lengua *no universal*).

Téngase en cuenta que, si consideramos la geografía que nos propone Borges, en tanto que localización real, la de los Estados Unidos, también la de “Texas”, pero sobre todo si consideramos que Murdock va a una “reserva” donde están los “hombres rojos”, es decir, si tenemos en cuenta que Murdock va a un lugar que está dentro de Estados Unidos, pero separado y delimitado, una

reserva, ese lugar al que se dirige el etnógrafo es un lugar extraño, ciertamente, pero también es un lugar, de algún modo, propio. De hecho, Murdock tiene una relación con la frontera. Probablemente el único “vínculo” con un lugar que se le reconoce, mantenido eso sí en esa peculiar indeterminación con que sabemos de él, y que se produce porque “Uno de sus mayores había muerto en las guerras de la frontera”. Si atendemos a su peculiar topología, la topología de la frontera, estamos ante *un lugar paradójico* porque, siendo el “allí” (Murdock las percibe como “esas lejanías”), se encuentra en el “aquí”. Por eso decimos que quizás el estudio de Murdock no sea el de cierto espacio o lengua, sino más bien el estudio del allí sin más, que es el no-aquí sin más, de lo lejano sin más, que es lo no-próximo sin más, es decir, un estudio fronterizo (como veremos, no tanto un estudio de los límites, que quedarían fijados temáticamente, como en el juicio mismo del límite, que es en lo que va a consistir a la postre el ejercicio etnográfico), el cual constituye una indicación topológica del verdadero calado, fenomenológico, que tiene el texto.

El estudio que se propone no es, por tanto, un estudio cualquiera, ante todo no el estudio de algo, positivamente considerado, sino que se trata del estudio de lo diferente sin más, que por eso tiene que aparecer vinculado a lo propio (pues de otro modo esa diferencia sería, como contenido de una adquisición posible, perfectamente suprimible o alienable, que es justamente de lo que no se trata aquí; ver más abajo 6).

4. Pero la borradura del protagonista está ya en la tarea que emprende. Porque, de hecho, no es un estudio. Más bien se trata de una *experiencia*.

La etnografía ha llamado a esta clase de trabajo *othering*, que puede traducirse literalmente por *otrar* o también, si nos servimos del cultismo, por *alterar*. En todo caso, la experiencia etnográfica es la de una suerte de devenir-otro. En este punto Borges demuestra conocer *escrupulosamente* este proceder del etnógrafo: habitar otro espacio, hacerse con otras costumbres, en suma, vivir de otro modo: “tenía que lograr que ... lo aceptaran como uno de los suyos”. Este proceder se consuma cuando deja de ser tal proceder, digamos cuando pierde ese su carácter mediato e instrumental, que es lo que sucede cuando también el propio pensar es alterado. Porque la situación inicial, la situación en la que se coloca en un nuevo y absoluto comienzo en el que todavía no hay nada o, como dice el texto, una situación “a la intemperie”, es sólo el escenario, ciertamente desolado, pero todavía superficial. El verdadero cambio es la alteración del pensar, que tiene lugar con dos calados distintos, de diversa profundidad cada uno. Por una parte, cuando se alcanza a soñar en esa lengua indígena, que ha dejado de ser una habilidad para convertirse en un modo propio de expresión, el modo que habita en el inconsciente, que es, precisamente, allí donde la acción no puede ser fingida, digamos allí donde la efabilidad es pura (el ámbito del significante puro), donde no hay nada más que uno mismo, *inmediatamente* diríamos. Por eso importa también que desaparezcan los recuerdos que lo vinculen con su sí mismo anterior, cosas como el idioma “de sus padres”, “los amigos y la ciudad” —aunque, habría que precisar con cautela, puede que ni siquiera los hubiera—, recuerdos que hacen las veces de huellas de su otra vida. Pero, además, también la lógica se ve alterada; lo que quiere decir que no se trata sólo de la expresión sino que el cambio alcanza a la forma o a la sintaxis misma del pensar, que es donde la borradura lograría mayor profundidad, en el ámbito donde no hay significativo alguno y sí, únicamente, sustancia.

Un cambio así sólo puede tener lugar como un cambio en lo que uno es, en su sustancia, tal y como deja claro el texto de Borges. Un cambio que no puede consistir meramente en el trueque de unos significantes por otros, no puede consistir en una apariencia de otra cosa, sino

que tiene que incorporarse al ser del etnógrafo. Borges recuerda que, frente al modo en que nos hacemos con nuestro saber señalado, esa “nuestra ciencia”, que es modo propiciado por la escritura, hay todavía otro modo, que es el que consiste en la inscripción de ese saber en el propio ser. Una inscripción que sólo puede tener lugar por medio de “ejercicios”, *ejercicios* en punto al cuerpo lo mismo que en punto al alma, en lo que se sería *una suerte de recuperación del estoicismo*. En modo alguno por medio de un método que, en su acepción meramente metodológica y externa, está condicionado por el resultado, mientras que en este caso lo que importa es la andadura misma y no el objetivo, que es cuando el método se vuelve interna y no instrumentalmente relevante. Porque, insistamos en esto, no se trata de incorporar teoría alguna sino de transformar nuestra propia sustancia, que es cuando *el proceso* resulta fundamental. Cuando se trata de una auténtica *práxis*. Por eso importa que la marca externa del etnógrafo, su nombre, “Fred Murdock”, sea algo incierto y, a la postre, perfectamente irrelevante.

5. Esta condición experiencial y fenomenológica del trabajo etnográfico explica que el “rito esotérico” y el “misterio” que tenía el propósito de descubrir, incoado eso sí por la Academia, sean lo de menos. Estaríamos tentados de decir que Borges juega aquí con eso metafísico, aquí presente en esta figura del misterio y el secreto, eso metafísico de lo que tanto se ha querido hablar como ‘motivo’ en sus relatos, que Borges juega aquí con eso metafísico a modo de impostura. Porque mientras que el saber sea considerado nada más que como “doctrina”, que es simplemente algo que se puede decir, cualquier contenido o significado o conjunto de contenidos y significados enunciable, y por eso mismo susceptible de no ser dicho, susceptible de reserva y secreto, mientras el saber se considere en estos términos, decimos, no se podrá entender que más bien tiene lugar algo distinto a toda enunciación, que es la transformación del sujeto mismo. La sola enunciación y puesta en evidencia de eso sabido carece de toda virtualidad práctica. Desde este punto de vista, eso metafísico viene a ser una *superstición inútil*. En efecto, “el secreto es precioso”, pero “no vale lo que valen los caminos”, lo que vale la aventura, diríamos. La única efabilidad en juego es la del propio sujeto transformado; o habría que decir mejor, la de su transformarse mismo, la de su vivir.

Esto confirma la irrelevancia del lugar, pues lo que importa no es este o aquel lugar, que quedan *en sí mismos* perfectamene indeterminados e *indistintos*, sino la particular relación topológica que el etnógrafo guarda con ellos, *la relación que supone esa estancia paradójica*. Cuando el profesor le pregunta si piensa vivir “entre los indios” no comprende que no es el lugar ni la circunstancia la que han hecho de Murdock el que ahora es. Ese “cualquier lugar” y “cualquier circunstancia” constituye otra forma de indicación de la paradoja de una transformación que consiste, precisamente, en suprimir el origen como centro privilegiado; una transformación que suprime la oposición binaria aquí/allí, y aún toda oposición binaria (el mismo principio de contradicción). También, como un modo más de elidir los parámetros de espacio y tiempo que sostienen la sustancialidad del mundo, frente a la que el sujeto sólo se puede afirmar a cuenta de borrarse. *La borradura*, decimos ahora, *que consiste nada más que en ser el que es*, más acá de cualquier in-efabilidad o misterio. La des-identificación, la otredad que gana el etnógrafo no le puede situar en lugar alguno, pues entonces este lugar haría las veces de su identidad, y por eso lo único que puede quedar de todo ello sea su vida y todo lo que hizo. Por eso también la “nostalgia” que manifestó en algunos momentos, la nostalgia por ciertos lugares, la ciudad primero y la pradera después, quedará postergada, pues no es sino la expresión sentimental de la memoria de un lugar que, de alguna manera, constituye el centro, aunque se revele como ausencia. La otredad

que gana el etnógrafo lo hace un sujeto esencialmente des-memoriado, pues lo que lleva consigo, insistimos, no es nada que tenga que ser recordado, no es un contenido o enunciado, sino su propia experiencia, precipitada ya y por siempre su ser. Luego diremos algo más sobre la vinculación de esto con su condición de bibliotecario.

6. Para terminar con esta primera línea de fuga, vale la pena abundar en la condición de acontecimiento de lo que se relata en el texto. Digamos, en el particular modo del relato.

Pensemos que se trata de una narración de una experiencia. Pero, justamente, de una experiencia, una cierta transformación, que es en esencia incomunicable. Repárese en que el “solo protagonista” asume con esta condición singular, que hemos visto que en verdad significa todo lo contrario, la pura transparencia y ubicuidad del suceso, que el protagonista asume, decimos, todo el peso del acontecimiento. Importa señalar que el uso obstinado de pretéritos contribuye a crear esta perspectiva de *eventualidad*. La perspectiva que corresponde a un punto de vista que es único y singular porque, precisamente, no es nada más que y que se agota en esas su acontecer y tener lugar mismo. *Un sujeto reducido a su devenir, a su llegar-a-ser*, que es el otro modo en que Borges representa esa su ‘esencial’ carencia de identidad. Esta es la razón de que no aparezca más que incidentalmente la psicología de Murdock, pues la descripción psicológica sería un modo de abandonar el relato del acontecimiento, que es lo que ocupa verdaderamente al texto una vez que se ha saldado la inanidad del quien protagonista. Tan sólo se sabe que “sintió nostalgia”. De esta hemos dicho ya que no es sino el lugar sentimental propio de todo ser fronterizo. Por eso, acaso, no tanto un sentimiento que nazca del individuo cuanto, más bien, un cierto modo de estar, un *éthos* o estancia esencial, que debería considerarse en un sentido fenomenológico y no meramente psicológico, a saber, como *el modo propio de estar en el entre*.

(Podría pensarse que la segunda referencia sentimental está en la expresión de que “aceptó con alacridad”. Pero más bien se trata de una palabra que significa el modo en que se toma una decisión o se ejecuta algo, un modo en el que no hay reflexión sino inmediatez y prontitud. Por tanto más bien “alegría”, con la que guarda la misma etimología, en el sentido de vivacidad en el obrar, presteza del ánimo, más que en el sentido del sentimiento. Como la alegría con la que alguien acepta y lleva adelante una empresa. La alegría entendida como *hilaritas* —tal aparece en Spinoza—, que es la predisposición a la tolerancia, *la predisposición libre* por excelencia, la predisposición a la libertad, que es como también podría leerse este texto. Murdock está perfectamente abierto a la empresa porque no hay nada en él que pueda servir de resistencia; para empezar no hay identidad.)

Si esta particular posición (y disposición) se acaba cuando se dice, por primera y última vez en el relato, que “es uno de los bibliotecarios de Yale”, lo dilucidaremos en lo que sigue.

7. Aunque todos estos recursos estén en juego, probablemente el recurso más eficaz para borrar el sujeto es el que juega con la escritura. Toda vez que el etnógrafo es alguien que se sostiene en última instancia en su escritura, es decir, toda vez que su situación es la misma que la cualquier literato, esa situación que referimos al comienzo como de exceso o sobredeterminación de la literatura es lo que tiene que borrarse.

Comencemos recordando que se trata de una “historia” y que, por tanto, “Fred Murdock” no es nada más que un personaje, el nombre que se da al quien que lleva adelante la acción relatada. La eventualidad de esta acción es la eventualidad misma de la historia y de la escritura. Ahora bien, esta eventualidad no sirve únicamente para eso que hemos llamado la borradura del

autor; también, nos parece, pertenece a otro particular devenir, su reverso perfecto diríamos, que es *el devenir-lector*. Pensemos que la interpretación borgeana de la escritura pone en juego una particular reelaboración de las figuras de ‘escritor’ y ‘lector’ y si puede decirse que la historia nos cuenta de alguna manera la desaparición del autor ello es porque para Borges el lector es verdaderamente la figura singular y el único posible protagonista del texto literario.

Como dice en algún lugar Borges, más valiosos que sus libros escritos han sido todos sus libros leídos. La pretensión de desustancializar al autor y la idea de pensar toda realidad como acontecimiento termina cabalmente en la idea de que el texto literario es, al fin y al cabo, el texto del lector o, habría que decir mejor, *la lectura misma*. Porque si la historia del etnógrafo es una historia pura, como la hemos llamado, ello es porque el autor se borra de la historia, de modo que lo único que va quedando en pie es, justamente, la historia misma, es decir, el solo acontecimiento de la lectura. El exceso que supone el autor es conjurado por el hecho de la lectura, que es el verdadero sentido de todo texto.

8. Si abundamos en esta idea, preguntémonos qué clase de texto es “El etnógrafo”, no ya desde el punto de vista del género, algo muy esquivo para Borges, sino desde el punto de vista del estilo⁴. Porque no se trata de un texto escrito por nadie sino que se trata de un “caso”, por tanto de *un acontecimiento solo relatado*. Este acontecimiento, sin embargo, que a duras penas tiene protagonista, desde luego no tiene autor. Borges se pierde, de modo elagenescente diríamos, como el relator de un relato a su vez relatado por otros. Importa fijarse en que nada de este relato está detallado ni puede considerarse como parte de una narración directa. Como hemos dicho, no hay ninguna descripción de la psicología del autor, como tampoco el diálogo es nada más que un resumen de lo que se dijeron Murdock y el profesor “en esencia” (contra lo que pudiera parecer, no es un fragmento de estilo directo). Es fácil pensar entonces que en el paso del relato de unos a otros, en su propia aventura y alejamiento del momento en que el caso “había acontecido”, se ha ido desprendiendo de todo lo anecdótico para quedarse en una historia pura. De ahí quizás la sequedad y la más que evidente ausencia de descripción y de adjetivos, excepto al comienzo.

Es una historia que “vale para cualquier lugar y cualquier circunstancia” y, claro, para cualquier lector, que es, al menos esto es lo primero en lo que se repara (también lo ha señalado Borges), la *instancia enajenada*, pues no deja de ser relator del texto. Borges, lo mismo que Murdock, se pierde entre las lecturas y los lectores. Ahora bien, y en esto no se ha reparado tanto, el lector también es la *instancia enajenante* de cualquier texto. La lectura vela la autoría al ser ella misma, en cierto modo, también algo único y azaroso (un acontecimiento puro).

En todo caso, es claro que el autor del relato no es el propio Borges, que es tan sólo el autor de “El Etnógrafo”, pero, ¿hasta dónde llevar esta remisión? El “ahora” con que termina el relato parece que marca la cesura e interrumpe esta posibilidad indefinida. Es el ahora en que irrumpe Borges, el ahora de quien escribe el cuento, que no había aparecido desde el comienzo en que se presentaba como aquel a quien es referida la historia (y donde lo hacía, además, con la

⁴En el Prólogo de *Elogio de la sombra* Borges habla de estética (ed. cit. pp. 353-4) y dice: “No soy poseedor de una estética”. Acaso, tan sólo alguien al que el tiempo ha enseñado “algunas astucias y hábitos”. Por tanto, Borges no es el tenedor de nada, no es sustancia o entidad alguna, sino sólo el que se ha ejercitado en el tiempo y, así, ha podido generar un cierto *éthos*. Nada más desacertado, por tanto, que entender que relatos como el de “El Etnógrafo” (al que no se refiere, sin embargo, expresamente en este Prólogo) contravienen el “libro de versos” que es declaradamente *Elogio de la sombra*.

presencia mínima de un complemento indirecto: “El caso me lo refirieron”). Sin embargo, este “ahora” podría no ser nada más que el presente indefinido e infinitamente reproducido de la escritura; o, si no, el presente traspuesto por la lectura de cada uno de nosotros, que tampoco puede afectar en lo más mínimo a la pureza de la historia. Pensemos que es un caso que ha sido “referido”, por tanto un relato que pertenece a la literatura oral, lo cual sirve para desactivar todavía más todos los recursos que van borrando a Borges de la escena de la escritura. Sobre la literatura oral diremos algo en lo que sigue.

9. La propuesta de la aventura del etnógrafo va unida a la de un escrito. “A su vuelta, redactaría una tesis que las autoridades del instituto darían a la imprenta”. El texto que pertenece a esta empresa, el texto nada más que propuesto y que va de consuno con la aventura (hasta qué punto, lo veremos a continuación), es un texto fracasado. Por lo que se dice al final, además, un texto inútil.

“Durante los primeros meses de aprendizaje tomaba notas sigilosas, que rompería después, acaso para no despertar la suspicacia de los otros, acaso porque ya no las precisaba.” El trabajo de campo del etnógrafo es una escritura en la que se reconoce la intención y el propósito mismo de su trabajo, contar a otros, pero también todas las dificultades de sostenerse uno mismo, como autor también, en ese proceso de escritura. O habría que decir acaso, la dificultad de sostener el texto mismo. El proceso de la redacción del texto constituye el momento de mayor distanciamiento. Es el momento en el que quien escribe está aparte de la comunidad. Por un lado porque tiene que ponerse en diálogo consigo mismo, y, así, la escritura es, como han señalado algunos filólogos, el momento en el que surge la subjetividad y la posibilidad de decir “yo”, pues es el momento en que uno se distancia de lo que hace, o en el momento en que hace algo inusitado e inefable, como es separar de uno mismo sus pensamientos. El aparte sería entonces un aparte que en cuanto tal supone la negación misma de la comunidad. Como esto es así, la escritura es entonces un hacer inopinado y completamente extraño a la cultura en la que se encuentra.

En relación a lo primero, el fracaso del autor y de su escritura es perfectamente consecuente con la borratura del sujeto. Murdock, al que difícilmente puede identificarse, es el menos adecuado para escribir. Pues, como decimos, para poder escribir uno tiene que poder apartarse y sostenerse en ese aparte que es la conciencia (tiene, paradójicamente, que hacer de sí un *id*, ello, que es el verdadero secreto de la conciencia: la enajenación). El modo en que Borges señala la relación inicial de Murdock con los textos es perfectamente elusivo: “Naturalmente respetuoso, no descreía de los libros ni de quienes escriben libros”. Es decir, perfectamente a-subjetivo, simplemente toleraba la escritura y los escritores (la tolerancia es otro significado asociado a la idea de *hilaritas*). El fracaso de que hablamos estaba de alguna manera fijado en su propia inanidad. Hacerse de los “suyos” no es sólo dejar de ser de otros suyos sino, antes que nada, perder-se a sí mismo. Los dos años que pasa allí son el relato de esa pérdida. Para empezar, borrando toda huella de esa escritura (de la misma manera que Menard destruyó todos los borradores, si bien este último dejaría siquiera una impostura). Para seguir, la mayor de todas las pérdidas, en el momento que apuntamos más arriba en el que el lenguaje deja de ser el suelo de sus sueños, que es lo mismo que decir, el momento en el que ya no puede fingir ser otro. Esta muy bien podría ser otra forma de expresarse esa borratura del sujeto: no hay yo en el momento en que tampoco hay persona, que es la que nosotros hemos venido en llamar *actor*. Por eso la tarea misma de escribir tiene que convertirse en un trabajo clandestino y para el que, finalmente, no tendrá lugar en modo alguno (“Se levantaba antes del alba, se acostaba al anochecer”). Porque,

como decimos, tampoco habrá ya sujeto que haga las veces y que cumpla con las exigencias de ese su sí mismo que, si lo hubo en algún momento, va borrándose en el seno de los ejercicios que se le proponen y en la vida de la comunidad, en lo que sería una *performance* continua e inalienable.

10. Vengamos sobre esto. Hemos dicho que acaso se trate de recuperar una vida y un modo de ser atravesado por la comunidad y por la constitución de un cierto *éthos*, de un ámbito o lugar de estancia, en todo caso abierto, que habría sido sustituido en nuestra época (digamos en ‘Occidente’, que es no sólo una posición geográfica sino el sentido de un movimiento, y por ello también en cierto modo un índice temporal) por el espacio cerrado del yo y de la conciencia. Pensemos que cuando “el sacerdote” le revela “la doctrina secreta”, lo hace sólo cuando Murdock se ha borrado completamente. Es decir, cuando ya se puede considerar como parte de los “suyos”. Por eso, de alguna manera no es una doctrina esotérica sino todo lo contrario, la doctrina que sólo es posible compartir con aquellos que no guardan nada; tampoco escritos (que serían una suerte de reserva para nosotros mismos, la única posible enajenación de la memoria, junto al olvido). Es la perspectiva contraria a la del occidental y sus “autoridades”, que consideran que la escritura es el medio universal de trasmisión y sostenimiento del saber y que desconfían por tanto del medio oral. “ritos esotéricos” que sólo se revelan al “iniciado”, y no fórmulas o textos accesibles a cualquiera que sepa leer. Lo que queremos decir es que, aunque podría parecer que se opone el universalismo formal de la escritura al esoterismo iniciático de la práctica, no debe perderse de vista que a la postre es la academia la que propone la empresa y que, por tanto, es el modo de gestión académico el que va a disponer de sus resultados en la forma de una “tesis”. Pero, ¿y si no hay nada que poner, y si no hay nada que dejar sentado? El presupuesto academicista es el de que hay siempre explicaciones y que cualquier cultura puede ser traducida a contenidos enunciables. Por tanto, que lo único que verdaderamente las distingue es el esoterismo de la forma de trasmisión de aquéllas, la oralidad, frente a la publicidad de éstas, la escritura.

El texto de Borges y la práctica etnográfica misma, o habría que decir mejor, la etnografía como práctica, se distinguen y aún se oponen a la escritura y a sus presupuestos subjetivistas de autoría/autoridad. El que pueda dejar de escribir “para no despertar suspicacia” revelaría todavía cierta inadecuación o choque entre dos culturas; la segunda razón, traída casualmente y, como siempre en Borges, la más auténtica, será, en cambio, la que exprese verdaderamente el sentido de esa destrucción de las notas: “porque ya no las precisaba”- Lo único que se pide a Murdock es que sea parte de la comunidad. La literatura, la posibilidad de dejar por escrito algo que pudiera llegar al otro, es perfectamente extraña a este modo de pensar, que es, vamos a decirlo así, *absolutamente inmanente*. Por lo mismo, la lección que aprende el etnógrafo es la de que el verdadero saber está en los otros. O quizás, mejor, el saber que está en nos-otros, que sería una buena expresión de la comunidad y de su verdadera naturaleza, que a la postre no es otra que la *acogida de diferencias*. Lo que uno es, su ser propio, es algo que no puede ponerse en letras toda vez que es algo que ya está ahí, es el *éthos* mismo de la comunidad. Para Borges, ciertamente, no otro que el *éthos* de la literatura. El lector, que es donde termina necesariamente el camino del etnógrafo, no es nadie sustante, no es propiamente sujeto, sino que, antes bien, es el cruce azaroso de *todas* las lecturas y de *todos* los textos. El cruce que sólo es sostenido, si es que todavía podemos hablar así, por un hacer, por esa *performance* infinita de la otredad que es la lectura.

Si el encargo académico es la escritura de una tesis, una parte más de saber que se sumaría a ese *corpus* del conocimiento de los otros que es la etnografía, la contraparte borgesiana será el

azar de la lectura. Mientras que ese “cuerpo” es excluyente y definitorio, genera “autoridades” como hemos dicho, el cuerpo del lector es todo lo contrario, el resultado de una combinación azarosa y nunca prefijada (a menos, claro, que se esté en la Academia, que es la generadora de autores y autoridades). La etnografía, *la etnografía llevada consecuentemente a su propósito*, está atravesada por la paradoja de que *sólo podrá lograrlo si renuncia a sí misma, es decir, si renuncia a la escritura*. El etnógrafo sólo podrá hacer su trabajo si deja de ser etnógrafo.

11. Pero Borges no condena absolutamente al autor. Tan sólo quiere privarle de toda sustancia, confundiéndolo con el lector (porque, ¿quién es “Pierre Menard” sino cualquiera de los lectores de *El Quijote*?). Por eso cualquier libro será, lo mismo que la lectura, un puro azar, la confluencia de múltiples circunstancias o, si consideramos la escritura como una combinación traducible algebraicamente, tan sólo una probabilidad. Una probabilidad cuya identidad y especificidad se diluye, y por eso es tan importante recabar el número, en lo infinito (“La Biblioteca de Babel”). En cierto modo, esto es lo que ha aprendido el etnógrafo; el secreto revelado no es otro que el de un decir infinito y carente de límites (también, o para empezar, el de contradicción): “ahora que sé el secreto, podría enunciarlo de cien modos distintos y aún contradictorios”. En cierta manera no puede hablarse de autores; tan sólo hay libros probables y, en cierta medida, cuasi-predecibles (al menos como una de las infinitas posibilidades de combinación).

Esto explicaría, por último, que el destino del etnógrafo no sea otro que el que depara a Murdock, ser —o el *éthos* del, tanto da— *bibliotecario*. Lo que quiere decir, por todo lo que hemos visto hasta ahora, *ser todos los libros, ser todas las diferencias, ser todos los otros*. La antítesis, si se quiere, del protagonista.